

rasco, perpetuo trástulo<sup>1</sup> y regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frío, así de la hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante; pero no permita el cielo que por seguir mi gusto desjarrete y quiebre la coluna de las letras y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes: quédese el nuevo Sanson en su patria, y honrándola, honre juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con cualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo.—Si digno, respondió Sancho, enternecido y llenos de lágrimas los ojos, y prosiguió: no se dirá por mí, señor mio, el pan comido y la compañía deshecha: sí que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo y especialmente mi pueblo, quien fueron los Panzas, de quien yo deciendo, y mas que tengo conocido y calado por muchas buenas obras y por mas buenas palabras el deseo que vuesa merced tiene de hacerme merced, y si me he puesto en cuentas de tanto mas cuanto acerca de mi salario, ha sido por complacer á mi muger, la cual cuando toma la mano á persuadir una cosa, no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba, como ella aprieta á que se haga lo que quiere; pero en efecto el hombre ha de ser hombre y la muger muger, y pues yo soy hombre donde quiera, que no lo puedo negar, tambien lo quiero ser en mi casa, pese á quien pesare: y así no hay mas que hacer, sino que vuesa merced ordene su testamento con su codicilo, en modo que no se pueda revolver, y pongámonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sanson, que dice que su conciencia le lita, que persuada á vuesa merced á salir vez tercera por ese mundo, y yo de nuevo me ofrezco á servir á vuesa merced fiel y legalmente, tan bien y mejor que cuantos escuderos han servido á caballeros andantes, en los pasados y presentes tiempos. Admirado quedó el Bachiller de oír el término y modo de hablar de Sancho Panza: que puesto que habia leído la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí le pintan; pero oyéndole decir ahora testamento y codicilo que no se pueda revolver, en lugar de testamento y codicilo que no se pueda revocar, creyó todo lo que dél habia leído, y confirmólo por uno de los mas solemnes mentecatos de nuestros siglos, y dijo entre sí, que

<sup>1</sup> El Trástulo no solo movía á risa con agudezas, sino con vestidos ridículos y estrafalarios.

tales dos locos como amo y mozo no se habrían visto en el mundo. Finalmente, Don Quijote y Sancho se abrazaron, y quedaron amigos y con parecer y beneplácito del gran Carrasco, que por entonces era su oráculo, se ordenó que de allí á tres dias fuese su partida, en los cuales habria lugar de aderezar lo necesario para el viaje, y de buscar una celada de encaje, que en todas maneras, dijo Don Quijote, que la habia de llevar. Ofreciósele Sanson, porque sabia no se la negaria un amigo suyo que la tenia, puesto que estaba mas oscura por el orin y el moño, que clara y limpia por el terso acero. Las maldiciones que las dos, ama y sobrina, echaron al Bachiller, no tuvieron cuénto: mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas que se usaban, lamentaban la partida, como si fuera la muerte de su señor<sup>1</sup>. El desigmo que tuvo Sanson para persuadirle á que otra vez saliese, fué hacer lo que adelante cuenta la historia, todo por consejo del Cura y del Barbero, con quien él antes lo habia comunicado. En resolución, en aquellos tres dias Don Quijote y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles, y habiendo aplacado Sancho á su muger, y Don Quijote á su sobrina y á su ama, al anochecer, sin que nadie lo viese, sino el Bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso, Don Quijote sobre su buen Rocinante y Sancho sobre su antiguo rucio, proveidas las alforjas de cosas tocantes á la bucólica, y la bolsa de dineros que le dió Don Quijote, para lo que se ofreciese. Abrazóle Sanson y suplicóle le avisase de su buena ó mala suerte, para alegrarse con esta ó entristecerse con aquella, como las leyes de su amistad pedian. Prometióselo Don Quijote: dió Sanson la vuelta á su lugar, y los dos tomaron la de la gran ciudad del Toboso.

<sup>1</sup> Estas endechaderas, lloraderas ó plañideras, solian alquilarse para llorar en los entierros de los difuntos; y en el testamento del Cid, se dice:

*Item: mando que no alquilen  
Plañideras que me lloren.*

(Escobar. Romance 96.) Covarrubias añade en su Tesoro (V. Endechar.) Este modo de llorar los muertos se usaba en toda España, porque iban las mugeres detras del cuerpo del marido descabelladas, y las hijas tras el de sus padres mesándose, y dando tantas voces, que en la iglesia no dejaban hacer el oficio á los clérigos. En algunas provincias se conservan todavía residuos de estas lagrimosas ceremonias.